

UN AÑO DE OTRAS RAZONES

El propósito de esta página, ver los asuntos de la calle desde ventanas que no se abren en el edificio estatal de los partidos, era difícil de cumplir. Asegurada la liberalidad del periódico, el problema consistía en reunir a doce escritores que vieran y miraran el mundo de las cosas sociales con sus propios ojos y su propio juicio. La dificultad de encontrar talentos personales en una sociedad de consenso habría hecho retroceder al más optimista de los diógenes. Porque ni uno sólo, lo repito, ni uno sólo de los escritores y publicistas consagrados, por muchos méritos de orden artístico o académico que los acompañen, tienen talento o coraje para ver lo público por debajo o por encima de los tópicos y mentiras de la transición. Frívolos decoradores de las bárbaras oligarquías partidistas y financieras del negocio editorial, se reúnen en capillas culturales del templo de la falacia, donde se cultiva la facundia sacerdotal para que el pensamiento crítico y la grandeza moral, que lo aplastarían, no tengan donde anidar.

Una sociedad sin ideales, en la que nadie cree en nada que sea digno de crear, propicia el desarrollo de todas las formas del escepticismo. Desde el más hedonista al más cínico. En España no ha surgido una cultura que merezca ese nombre, como ocurrió a la muerte de Alejandro, porque muchísimo peor que una sociedad sin ideales es la situación de un pueblo sometido a la propaganda de un consenso de ideales falsos. La desmoralización es menos grave que la inmoralización. Y al pueblo español lo ha inmoralizado la sucesión automática de tres propagandas oficiales de la falsedad y la deslealtad, sin libertad de pensamiento ni de expresión para denunciarlas a tiempo, es decir, antes de que la repetición y la costumbre les dieran la apariencia y la fuerza de la verdad.

Las tres falsedades se basaron en la solemne consagración de la deslealtad como virtud política primordial: patriotismo de la dictadura, prudencia de la transición, probidad de la izquierda. Tres mitos depravadores de la moral pública, que se fabricaron al servicio de la ambición desahorada de poder de aquellos seres (Franco, Juan Carlos, Suárez, Felipe González, Fraga y Carrillo) que encarnaron, simbolizaron y propagaron a los españoles el vil ejemplo del éxito de los medios ilícitos, y premio a la traición. Sus consecuencias sociales están ahora a la vista: ridiculización de los ideales nobles, degradación del idioma, corrupción de las costumbres, desprecio de la historia. ¡Más de medio siglo sin asomo de humanismo vivo en la vida pública!

En este océano de inmundicia, por donde flotan a sus anchas los partidos, los medios informativos y los gobiernos de turno, doce aventureros de la higiene mental y la dignidad personal, subidos a este frágil barco de papel sobre un mar de consenso en calma chicha, que a «España va bien», agitan la bandera pirata que iza el



espíritu creador en las situaciones y circunstancias adversas: «Libertad de pensamiento. Elevación de sentimiento. Originalidad de concepción. Elegancia de expresión». Los créditos del espíritu no los cobra

el tiempo que los ve nacer. Los conjurados con sus almas libres se hacen acreedores de una venerable gratitud en las generaciones de la libertad. Yo sólo puedo proclamar aquí mi gran respeto, pleno de gratificaciones, al fresco humanismo de Prieto, García Calvo, Martín-Miguel y Gregorio Robles; a la originalidad de pensamiento político en Dalmacio Negro; a la finura analítica de la sensibilidad moral en Sádaba; a la actualidad del análisis marxista de Carlos París; a la verídica ironía de Bruno Aguilera; a la sobria nostalgia republicana de Borrás; al tono libertario de Sorel; a la estética crítica de Fernández Isla; a la violenta humanidad del viejo Voltaire, rediviva en el ánimo de un infante magistrado, el juez Navarro, para desbordante prez de la justicia de la verdad.

Antonio GARCÍA TREVILANO

ADMISIBLE/INADMISIBLE

Es admisible pensar que la detención de Belén González Peñaña significa un escollo en el proceso de paz; es inadmisiblemente pretender que no se detenga a una terrorista, con biografía de sangre, cuando está localizada.

Es admisible poner en marcha una campaña electoral basada en la descalificación al contrario. Pero es admisible también que se pueda acusar al PP de que aparentemente no tienen nada que ofrecer. Aunque algunos «populares» consideran inadmisiblemente ese análisis. Es admisible preocuparse por las negociaciones con ETA; pero es inadmisiblemente la postura del presidente del PNV en Navarra cuando propone que la Justicia no actúe contra los terroristas mientras se viva en supuesta tregua.

Es admisible que el juez Garzón dedique tanto

estas fechas de primeros de noviembre, en que, según una vieja y curiosa tradición, Don Juan en la popular versión de Zorrilla revivía, efímera y ritualmente, en nuestros escenarios, nos invitan a volver sobre tal personaje. Pero mi intención no es renovar la discusión sobre sus lances de burlador de damas y escamecedor de varones, sino trasladar su figura del mundo amatorio al político, donde el mito es susceptible de interesantes y aleccionadores paralelismos, menos aprovechados críticamente. Y quizá más ajustados a nuestras latitudes hispánicas, donde resulta, según las encuestas, que, a pesar de la apariencia y la leyenda, se practica bastante poco el sexo —aunque se habile tanto de él— y obsesiona más la política.

La figura de Don Juan, como es sabido ha sido objeto tanto de múltiples recreaciones literarias como de lecturas críticas. Entre estas las de Kierkegaard o Camus, de Marañón o de Unamuno. Ha sido visto como el puro hedonista, egoísta y representante culminante del machismo, como un inmaduro sexual, como el gozador del instante y lo pasajero, como el rebelde social o teológico, como el representante de la concepción teatral de la historia. Y en el mundo político, en este renacer que propongo



de sus actitudes bajo un nuevo cielo, muchas de estas resonancias encontrarían su réplica.

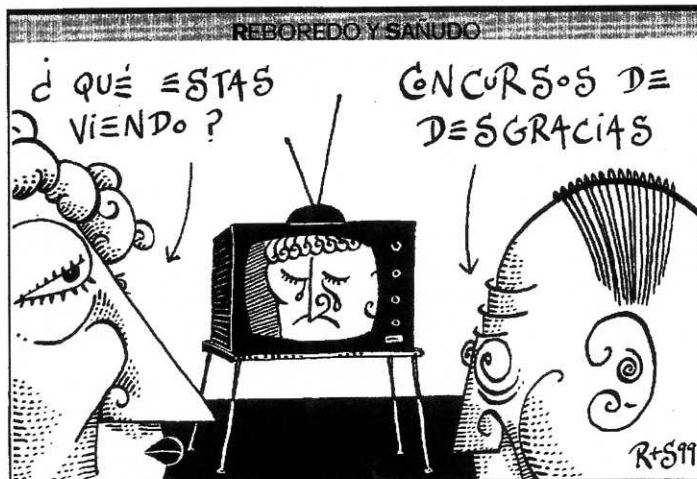
Así la primera aceptación de este personaje la más inmediata, en el terreno de la política se convertiría en la del tráfuga. El aventurero infiel en quien la codicia del poder —a veces en proporciones minúsculas— sustituye al erotismo sexual. En su vuelo mariposea de flor en flor, de partido en partido, libando el néctar que las diversas oportunidades coyunturales le ofrezcan para dar gusto a tal codicia. Quizá más que con una frágil mariposa tendríamos que compararlo con un ave de presa que no mariposea sino «alconea» para arrebatar con sus garras el poder. Y no siempre hace falta cambiar de partido, peor que este transfigurismo de los pocos poderosos, es el de los grandes líderes que, para mantenerse en el poder y gozar de él, travisten a su propio partido con los atuendos que la moda política impone desde sus grandes modistas.

Mas no es en esta visión del donjuanismo, la más elemental, en la que querría quedarme. Como muy dado desde mi juventud a la rica obra de Unamuno, me gustaría insistir en su interpretación del complejo mito. Para el pensador vasco era Don Juan principalmente un ser que vivía para representar su papel ante los demás. No tan voceado a realizar conquistas como a jactarse de ellas. En este sentido se revela como el máximo representante de la «concepción teatral de la historia» que Don Miguel añade a la visión marxista y a la freudiana. En ella el ser ante el otro, ante los múltiples otros convertidos en auditorio, devora a la propia e íntima personalidad. Es algo que angustió a Unamuno en su segunda crisis, la del destierro, cuando, levantado a la popularidad tenía que el Unamuno público, el de «los papeles» se tragara al íntimo.

Y a esta luz podemos contemplar y criticar el carácter donjuanescos de gran parte de nuestro escenario político, dentro de la teatralización de la política actual a que en anterior artículo, me he referido. En primer lugar la manera en que Don Juan se proyecta ante los otros es la de un fanfarrón, y la fanfarronería domina como actitud nuestra vida pública. No sólo la política, pero es a ésta a la que ahora quiero principalmente referirme, a la penosa chulería que domina nuestra arena política. Observemos las manifestaciones y discursos de los líderes. ¿No sería de desear un verbo más rico de pensamiento y capacidad dialéctica, por supuesto más brillante oratoriamente, y menos exuberante, en cambio, de pura arrogancia? ¿Es tan inmaduro nuestro pueblo que sigue rindiendo culto al chulo? Entonces se impone una importante catarsis. Una doña Inés que nos salve.

Pero no hay que olvidar otro aspecto, en esta reflexión, el modo en que la débil personalidad de la mayoría de nuestros políticos se diluye y se queda en la mera imagen, que la fagocita, se entrega, complacida, a la presencia fabricada y lanzada por los medios de comunicación. Y entonces, como Narciso, se ahogan en su imagen. ¿No es significativa la expresión tan usual «salir en la fotografía»? Menos retratos amañosos y más personalidades auténticas es lo que necesitamos.

Pilar CERNUDA



Carlos PARÍS